

Cataneja

MORADA DE MANANTIALES

**Omar de Jesús
Martínez González**





Cataneja

Morada de Manantiales

Omar de Jesús Martínez González

Omar Martínez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798328878814

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.



Omar de Jesús Martínez González

Nació en San José de Perijá, un 27 de abril de
1960

Libros Publicados:

La Noche Tiene un Secreto
(Relatos)

Alquimia de Sol
(Poesía)

En esta narración, recojo en relatos la historia completa de la fundación de mi pueblo natal, San José Perijá, antigua Cataneja.

Fechas y personajes reales hacen eco en las siguientes líneas, con la intención de despertar en mis paisanos, el amor y la pasión de nuestro patrimonio.

El Autor

DEDICATORIA

A todos los hombres y mujeres que lucharon
por enaltecer y engrandecer la historia de
San José de Perijá.

AGRADECIMIENTO

A María Auxiliadora, mi prima.
Por su enorme participación en este libro.

PRÓLOGO

La comunidad perijanera ha tenido la fortuna de que en ella han brotado espíritus decididos a conocer su historia y a contar, dejando puesto en negro sobre blanco, todo lo que han aprendido sobre el devenir de nuestras gentes y comunidades. San José de Perijá, nuestra entrañable Cataneja, no es la excepción.

Y esta vez es Omar de Jesús Martínez González, catanejero gran amante de la historia, la poesía, la música, la tradición y la cultura perijaneras, quién nos regala una obra que es producto de su pasión por nuestra tierra, y que los perijaneros actuales y futuros sabremos disfrutar y conservar en beneficio de nuestra memoria colectiva.

La curiosidad innata de Omar y su excelente memoria le han permitido atesorar numerosas historias, que él ha sabido extraer de múltiples fuentes. Rescatando testimonios orales de nuestros mayores, o leyendo la ya bastante abundante obra escrita que da cuenta de la historia catanejera, perijanera y zuliana, creo que él ha sentido la emoción de armar su propio rompecabezas sobre la historia y tradición de Cataneja y sus familias, una historia que bien merece ser contada. Es la impresión que me queda al leer esta obra.

Pero es su vocación de comunicador, creo yo, lo que le ha impulsado a ofrecernos esta obra. No contento con la poesía y la música que ya ha creado, ni con su quehacer en la radio y las redes sociales (también dedicadas a nuestra historia, cultura y tradición) ha decidido poner por escrito lo que ha aprendido sobre el devenir de San José de Perijá desde sus primeros tiempos en el siglo XIX. Este libro ayudará a muchos catanejeros actuales a trazar en el tiempo su relación de parentesco con los esforzados pioneros perijaneños que a mediados de ese siglo se aventuraron a establecer sus hogares más allá de la frontera sur por ellos conocida, más allá del río Apón.

Su talento de escritor, que le conocíamos muy bien a través de la poesía, ahora lo vemos aplicado a la crónica. Una crónica que no se limita a datos y hechos verificables, sino que él sazona con su imaginación para imprimirle una cara y un ritmo más humano. De esa manera nos presenta a los fundadores y primeras familias de Cataneja de una manera muy amena. Su imaginación, siempre respetuosa de un principio de verosimilitud, logra presentarnoslos a través de una agradable lectura. Todo eso producto de un ejercicio de empatía, para aproximarse a aquellos seres humanos ya ausentes.

Sin duda, vale la pena leer **“Cataneja. Morada de Manantiales”**, así como difundirla y conservarla para nuestras familias y para las generaciones futuras.

¡Felicitaciones, Omar!

Nerio Enrique Romero González
Montreal, Canadá, Marzo del 2024

MI PUEBLO

Mi pueblo era una sabana
en aquello que era el centro
de otrora sitio de encuentro
a la misa en la mañana.

Una humilde capillita
en honor a San José
que recordamos con fe
y evocación infinita.

Gracias al tesón de su gente
San José pueblo se hizo grande
y cada día más se expande
haciéndose floreciente.

Llegando a ser una urbe
continúa progresando
y sus glorias hilvanando
sin oprobio que perturbe

Hoy yo le canto orgulloso
con todo mi sentimiento
aunque este lejos, te siento
Patrono fiel, milagroso

Hugo José Boscán

“Perijá ardió bajo el fuego
vengador de las huestes de Pulgar
que hizo que los villeros buscaran
refugio en los retiros y guaridas
de la Sierra, o más adentro, hacia
Machiques...”

Rafael Vargas Gutiérrez

De Estirpe Canaria

Al suroeste del río Apón, en principio la selva es indómita, virgen oscura; así se adentra hasta las riveras del Coquivacoa; tejiéndose en una vorágine de vida que oculta la luz solar al mediodía.

Árboles centenarios dormitan en incalculables hectáreas, la selva púber se adueña del espacio y su fauna responde con sonidos estridentes la presencia del intruso.

Santiago Martínez sabía de ese lugar de oídas.

- *“La selva no es un buen lugar para un cristiano”*. Solía decir cuando le hablaban del sitio. – *“Eso es para los tigres”*. Respondía a los mozos con quien hacía tertulia en la Villa del Rosario.

Santiago era descendiente directo de las primeras familias pobladoras de esta villa. Sus antepasados habían llegado de Islas Canarias en 1.738; pertenecía a la quinta generación de estos pioneros.

Tenía veinte años de edad, su porte de mediana estatura, finas facciones y penetrantes ojos azules. Su hermano José Ignacio, comúnmente llamado Ignacio por la proliferación de José en la familia. Por último el menor, José Trinidad, era apenas un mozalbete.

Sus antepasados habían sido labriegos y criadores de ganado lechero y ellos no serían la excepción;

a tan corta edad ya poseían un respetable rebaño, que pastoreaban por las sabanas de villa Vieja.

Por aquellos años de 1.838, Santiago tenía compromiso de casorio con una joven de diecisiete años de nombre Felicia Romero, que era su pariente por el León de su madre. Su hermano José Ignacio pretendía a la otra hermana Romero: Luisa.

Santiago había prometido a los padres de Felicia; Don Ramón Romero y Doña María de la Concepción Gutiérrez, que el próximo año contraería nupcias con su hija. Junto a su hermano Ignacio, el próximo verano llevaría a pastorear el ganado, más allá del Río Apón, donde los manantiales y aguadas eran abundantes todo el año.

Don Raimundo Martínez de Miranda, hombre austero, proceder que había tenido todos sus antecesores, como norma de vida. Tres de los Martínez, habían sido alcaldes de la Villa del Rosario, gozando de gran aprecio y respeto por todos sus pobladores.

Doña Felipa León, su mujer, era grácil y callada. A menudo evitaba las reuniones sociales. Solo se le veía por las tardes camino a la iglesia y en los rosarios de difuntos, a los cuales siempre acudía ataviada con su mantilla canaria y un antiguo rosario con cuentas de madera.

Esa fue siempre su costumbre de vida, hasta que la artritis le arrebató el andar y la postró en un lecho hasta la muerte.

Raimundo Martínez, poseía un inmenso rebaño de ganado vacuno. Cuando sus hijos Santiago e Ignacio dejaron la pubertad les asignó un envidiable rebaño y ambos tomaron las riendas de su destino.

Santiago amaba a Felicia, adorable criatura de cabellos negros y ojos claros. Ellos se miraban enamorados en la iglesia y en las tertulias familiares. Algunas noches Santiago le había llevado serenata con su violín. Apasionado instrumento que tocaba a la perfección. Le había enseñado a tocarlo su abuelo, con un violín austriaco que trajeron de Canarias por el año 1.738.

En enero de 1.840 cuando el verano se pronunciaba con un sol resquebrajante, Santiago e Ignacio partieron de la Villa del Rosario rumbo al suroeste con una manada de cien reses, diez caballos y tres peones que los ayudarían en las faenas de vaquería.

Llevaban provisiones para tres meses, harina para los gofios, sal para preservar la carne de cacería y menjurjes como medicina.

Las tierras de su padre cubrían un extenso terreno a media legua de Villa Vieja, allí pasaba la familia gran parte del año, cuidando los rebaños y los sembradíos de tabaco, caña de azúcar y maíz.

De estas tierras nace el camino de recuas hacia el río Apón, y más allá estaba el sitio que los arrieros llamaban el Claro de las Catanejas.

El río Apón serpentea sobre una espesa jungla de árboles ancianos, aferrados a raíces monumentales que invaden la costa. Santiago e Ignacio que tantas veces se bañaron en él, miraron apacibles el caudal cuando el ganado comenzó a cruzarlo, azuzados por el grito de los peones que los obligaban con sus mandadores.

El río se pierde hacia el este con su andar silencioso, entre barrancas y curvas internándose lentamente en la selva rumbo al Coquivacoa.

Cuando Santiago regresó con su hermano a Villa Vieja, había transcurrido tres meses y las primeras lluvias de primavera hacían germinar la vida en las agrestes sabanas.

Delgados, casi famélicos y barbados los recibió su madre.

- “¡Qué *flacos están, mijo!*” Inquirió con vos quejumbrosa.

- “*Es que la carne de guacharaca no engorda madre*”. Respondió Santiago.

Cuando cayó la noche y las sombras colmaron el cielo, engendrando los luceros; mientras dormía, Santiago soñó con Felicia.

El Claro de las Catanejas

El Claro de las Catanejas, reposaba a orillas de una cañada que en invierno se volvía impetuosa. Un estruendo cargado de empalizada y lodo, le daba un aspecto temible a sus aguas. El caudal se arrastraba inundando arboledas y sabanas y el paso al Coquivacoa se volvía casi imposible.

En esa época del año, el sitio se era solitario y lúgubre, plagado de mosquitos y alimañas acuáticas que merodeaban el lugar a sus anchas. Solo las catanejas se atrevían a llegar, pasando días enteros sobre los árboles atisbando las oscuras aguas de la cañada, en búsqueda de cadáveres que traían las crecidas.

Para llegar al Claro de las Catanejas, había que tomar al sur, desde el río Apón, al oeste quedaba el sitio de las Piedras, los Chichies y más allá San Julián, en los límites de las selvas de Rio Negro.

Los colonos se aventuraban en tiempos de sequía y al pasar los años, se hicieron frecuentes los arrieros, cargados con productos del campo que llevaban a canjear a las piraguas que fondeaban en los puertos lacustres de Macana y Playitas.

La cañada de Cataneja cruzaba la sabana sentido oeste – este, deslizándose a un bajío, inundándolo todo.

En verano era un manso caudal. A un kilómetro al norte se elevaba un lomo de cerro extenso, donde las aguas invernales bajaban hacia la cañada de Cataneja y la de los Melaos, más al norte. Ignacio Martínez vio esta ventaja y construyó la casa en las alturas de la planicie. Inmensas arboledas allí presentes, creaban imponentes claros, donde construyó los corrales para el ganado. Santiago prefirió la zona oeste, muy cerca del nacimiento de los ricos manantiales que allí existían.

Génesis

En 1.846, vino de la Villa del Rosario, un Fray Capuchino, le acompañaban tres indios coyamos que medio hablaban el español y con señas e incoherencias se hacían entender.

El Fray venía con el encargo de censar a todos los pobladores del Cantón Perijá. Ese día quedaron censados Santiago y su esposa Felicia y sus tres hijos nacidos en la Villa del Rosario: Aurelio, Felipa y Romelia.

Ignacio y Luisa y sus hijos en ese momento: José Trinidad (nombre que llevaba de su tío paterno, el menor de los Martínez León) y Avelina nacida en 1.845.

Fue unos años más tarde, que atraído por la abundancia de sus primos maternos, llegó a la Villa del Rosario un mozo llamado Francisco Manuel Morales León. Más adelante se casaría con la segunda hija de Santiago: Felipa.

Se casaron en la Villa del Rosario en 1.864 y fue un momento muy especial para reencontrarse la Familia Martínez Romero, en su lugar de origen.

Camino al Coquivacoa

Los arrieros venían de Machiques en la ruta: La Paja – San Julián. De allí partía un camino hasta el sitio de Calle Larga, llegando por la parte oeste. Muchos machiquenses fueron poblando este retiro, por ser este un paso habitual hacia los puertos del lago. De allí tomaban el camino hasta San Felipe, en un penoso recorrido hasta el puerto del Río Guamito. Si la temporada era muy lluviosa, tomaban hasta el puerto de Madre Vieja, por ser una zona más alta y menos anegadiza. Más allá quedaban los puertos de Macana, Iguanas y Playitas. Las piraguas fondeaban en las aguas profundas del lago. Los bongos transportaban la carga por el río Guamito hasta el puerto: telas, calzado, fragancias, medicinas, cereales, querosén y otros. Hacia las piraguas iba: cueros, manteca, queso, cabima, carne saladas, caballos, cerdos y vacunos.

Vuelta al Terruño

En 1.846, nace José Jesús, el cuarto hijo de Santiago y Felicia. Fue el segundo en nacer en Catañeja, en Diciembre del año anterior vino al mundo Avelina, segunda hija de Ignacio y Luisa.

Las familias, ya bien asentadas en las nuevas tierras, trabajaban laboriosamente de sol a sol, ajena a los acontecimientos políticos y militares del convulsionado y nuevo país.

A finales del año cuando las crecidas pasaban, la familia partía a la Villa del Rosario, a los bautizos decembrinos. Ese diciembre bautizaron a José Jesús y Avelina, la antigua Catedral, engalanada para navidad, fue testigo de aquel acto una mañana sabatina. Fue propicia la ocasión para que la familia compartiera con familiares y viejos amigos.

Por esos tiempos, el General Soublette había asumido la presidencia del país y en la región se respiraba, por ahora, un ligero viento de tranquilidad.

En Maracaibo, escaramuzas contra el nuevo gobierno, salpicaban la paz reinante. Los liberales extremistas liderados por Antonio Leocadio Guzmán, fueron a elecciones el primero de Octubre de 1.846, saliendo airoso de éstas el Benemérito general José Tadeo Monagas.

El general Monagas, junto a Rojas, Cedeño y Zaraza, habían combatido en los llanos orientales, durante las guerras de emancipación. Años más tarde lo supliría su hermano José Gregorio en la primera magistratura.

Fue en este gobierno que Santiago Martínez, en 1.852, asume el cargo de comisionado político y civil del retiro de Cataneja.

Morada de Manantiales

Para 1.853, habían nacido en el poblado ocho nuevos vástagos de las familias Martínez Romero.

Por Santiago y Felicia: José de los Reyes, María del Carmen, Raimundo y José Antonio. De la descendencia de Ignacio y Luisa: Emilia del Rosario, Tomasa, María de los Dolores y Elena del Rosario.

A Cataneja la componían un pequeño número de casas, alejadas una de las otras y rodeadas de exuberante vegetación. La gente se aprovisionaba de agua de las abundantes aguadas que existían, y que eran alimentadas por los constantes manantiales que por todos lados brotaban, llenando de verdor el entorno.

Durante el invierno de 1.857, Romelia, segunda hija de Santiago, enferma gravemente, y muere de fiebre amarilla a la edad de quince años. Cinco años más tarde fallece su hermano menor Raimundo de nueve años. Raimundo era la tercera persona que moría en Cataneja. El primero había sido uno de los vaqueros de Ignacio.

En un pequeño terreno ubicado al norte, muy cerca de un riachuelo que alimentaba la cañada de los Melaos, aprovisionaron el cementerio, ubicado muy cerca del claro de los matapalos, donde solían reunirse a orar los domingos.

Cuatro años más tarde fallece Santiago a la edad de 44 años, víctima de las epidemias atroces que azotaban la región como la hematuria y la fiebre amarilla.

Su hijo mayor, Aurelio de 28 años, asume la responsabilidad de la familia, administrando los bienes de su padre. Tenía la misma madera de líder de Santiago y su fama de mujeriego se extendió por toda la comarca.

José Antonio de apenas 13 años, seguía practicando con el violín austriaco que su padre le regaló antes de morir. Más adelante, con el mismo vetusto violín, enseñaría a su sobrino Andrés, hijo de José Jesús.

Los Vástagos del Patriarca

Cuando muere Santiago en 1.866, llegan de todas partes advenedizos ansiosos por conocer la tierra fundada por aquel líder que gozaba de gran fama en la región.

Su hija Felipa se había casado en 1.864, con su primo segundo Francisco Manuel Morales León. En 1.868, se casan María del Carmen y José Federico Márquez Sandoval. Al igual que José de los Reyes que se casa con Belén Martínez, hija de Gerardo Martínez León, que vivía en el sitio de las Piedras con su hermano Diego.

De la Villa del Rosario llega Antonio Quivera con sus hijas Antonia Josefa y María Concepción. La primera se desposa con Aurelio, que para esa época tenía 39 años y varios hijos, producto de sus amoríos con una india guajira llamada Florinda Gutiérrez.

De esta unión habían nacido Victoriano, María Carlota, Otilia, Julio y José Isidro, todos Gutiérrez como su madre por ser hijos naturales.

Más adelante, Aurelio también tendría dos hijos naturales más: Carlos y Venancio.

El primero con María Trinidad Sandoval y el segundo con Aracelis Pulgar Martínez, su prima.

La otra hija de Antonio Quivera: María Concep-

ción, se casa con José Trinidad, primer hijo de Ignacio. De esta unión nacen: Alberto, Evangelista, Electo, Genivero y Rafael.

Ocho años más tarde, José Trinidad se casa con María Concepción Vargas (1.884), procreando a: María Trinidad, Ángel María y María del Rosario

En 1.870, se casa Tomasa con Antonio Cruz. Por insistencia de su suegro toma posesión de un ható al noroeste del pueblo que los lugareños llamaban El Pozo de Ignacio, famoso porque ni en el verano más atroz, sus aguas llegaban a secarse. Fue allí en esos parajes que Ignacio oculto la mayoría de su ganado durante los trágicos acontecimientos de la quema de la Villa de Rosario (1.872). Los vándalos de Venancio Pulgar saquearon toda la comarca, llevándose todo el ganado y pertenencias que encontraban.

Así anduvieron mucho tiempo y la gente huyó de la Villa, unos a Machiques, otros a San Julián, las Piedras y Cataneja.

La Presencia de Dios

Los domingos |por las mañana, las familias se reunían en el Claro de los Matapalos, llamado así, por haber allí gigantescos arboles de esta especie. Lorenzo Duarte y Leopoldo Méndez (que habían llegado de la Villa unos años atrás), junto a José Antonio, Máximo y Santiago Martínez (nieto), proponen al pueblo la creación de una modesta capilla para orar. Corría el año 1.880, y José Antonio propuso la advocación a San José, pues según le había contado su padre Cataneja fue fundada en Marzo de 1.845.

Ese lunes muy temprano, todos los hombres comenzaron a reunir los materiales con los que construirían la capilla.

Cinco meses más tarde estaba construida. Tenía una dimensión de 10 metros cuadrados, paredes de barro con armazón de caña brava y techo de palma real.

Allí comenzaron a reunirse, sobre todo las mujeres, improvisando un pequeño altar con estampas de San José, la Virgen María y un viejo crucifijo de madera, que alguien colgó en la pared central. Dos años después de la construcción de la humilde capilla, llegó providencialmente un artesa-

no de apellido Villasmil. Nadie lo conocía y más adelante conto a José Trinidad Martínez, que una fuerza misteriosa lo había enrumbado hacia el poblado. Muy pronto supo que la capilla había sido edificada en honor a San José, percatándose que allí no existía ninguna imagen del santo.

El artesano pidió a José Trinidad un trozo de madera de cedro con las dimensiones que exigió y sin mediar palabra, se encerró en el cuarto donde dormía, para no salir después de varios meses con la obra tallada y pintada. Concha Vargas, que era la esposa de José Trinidad, era quien le suministraba los alimentos diariamente durante su encierro.

La imagen era pequeña, de unos cincuenta centímetros; un San José viviente acompañado del Niño Jesús y la Virgen María.

El pueblo emocionado, preparo un modesto altar para la imagen y la adornaron con flores de la sabana. Como era diciembre, decidieron que el 19 de Marzo del venidero año, realizarían los oficios religiosos en honor a su patrón.

Por su parte Villasmil, un buen día desapareció sin dejar rastro. José Trinidad, lo busco afanosamente por todas partes, sin saber nada de él.

En el pueblo comenzaron a tejerse versiones de todo tipo sobre su procedencia. Los rumores que más proliferaban es que había sido un ángel que Dios envió para la salvación de todos.

En los matapalos, la luz decembrina del atardecer
se durmió plácidamente.

El Niño y el Violín

José Antonio Martínez quien se había unido sentimentalmente con su prima Elena del Rosario, ya criaba una numerosa familia.

Por las tardes, acostumbraba a sentarse bajo el frondoso cedro que se erguía majestuoso en el frente de su casa, con su eterna pipa, practicaba el violín por horas.

Andrés, su sobrino, por ser hijo de su hermano José Jesús, no faltaba una sola tarde a las prácticas de violín de su tío.

José Antonio se detenía por momentos para aspirar la densa bocanada de humo y mirándole le decía:

- *“¿Le gusta el violín?”*

El muchacho de apenas once años asentaba complacido y sus ojos azules brillaban al observar el violín.

- *“Vamos a ver si no me sale bruto, y le enseño a tocarlo”.*

José Antonio en verdad enseñó a su sobrino Andrés, lo que a él siendo un niño también, le había enseñado su padre, Santiago.

Andrés a la edad de diecisiete años era un virtuoso del instrumento. Fue así que junto a su tío y su hermano Raúl, que tocaba un viejo tambor familiar, comenzó a amenizar las veladas familiares y misas patronales.

Fue tanta la fama que hicieron que eran contratados eventualmente de las otras poblaciones.

Tiempos de Guerra

- “¡Nos jodimos compadre! *Los gochos tomaron Caracas*”.
Decía José Antonio a su primo José Trinidad,
sentados en el frondoso cedro de su casa.

- “*Cipriano Castro con un ejército hizo correr a Andrade y se montó en el coroto*”. - Dijo José Antonio ofuscado.

- “*¡Carajo! Este país no mejora. Hoy se sube uno a la presidencia y al otro día lo tumba otro*. - Respondió José Trinidad”.
José Antonio tomando una honda bocanada de su pipa exclamo:

- “*Hizo lo mismo que Bolívar en la Campaña Admirable. Vino desde el Táchira ganando batallas hasta llegar a Caracas; al propio coroto*”.

- “*¿Que dicen en Maracaibo?*” - pregunto José Trinidad

- “*Por las cuentas el General Zuleta y el zambo de Machiques, el tal Baudilio Gutiérrez, se pasaron a su bando*”.

- “*¡Carajo primo! ¿Que nos depara la vida con tanto bochinche?*” - Inquirió José Trinidad con una seña hacia el cielo.

Las aves cantaron en el cedro, y José Antonio se quedó mirando el atardecer, pensativo en cada bocanada de humo.

Más allá del Río Apón

Después de la quema de la Villa del Rosario en 1872, comenzaron a llegar temerosas de una nueva represalia de parte de Venancio Pulgar, respetables familias perijaneras. Llegaron los hermanos Juan Evangelista y José María Corona, que se casaron con Ana Joaquina y María Horacia, hijas de Ignacio y Luisa.

También llegaron los Herrera de Villa Vieja, los Chacín, Casilla, Trujillo y Nuñez. Cataneja crecía a pasos agigantados y sus haciendas y hatos eran de los más productivos de la región.

Por esos tiempos también llegó María Concepción, hija natural de Luisa, quien la tuvo de la unión con Faustino Trujillo, mucho antes de desposarse con Ignacio.

María Concepción tenía una pequeña niña de diez años, que era su hija y que seis años más tarde, ya viudo Ignacio se casaría con ella a los 63 años, procreando a Carlos Martínez Romero.

Ignacio murió 11 años más tarde dejando una gran riqueza en bienes.

Primeras Luces

Por aquellos tiempos, a finales de 1.876, Felipa Martínez había procreado con Francisco Morales seis vástagos. El mayor, Eloy tenía diez años. Felipa pensó que era hora de educar a sus hijos. Comenzó enseñándoles lo más elemental para aprender a leer y a escribir. Los hermanos de Felipa viendo su disposición para la educación comenzaron a enviar a sus primogénitos para que también aprendieran.

Fue así como el acogedor traspatio de los Morales Martínez, se convirtió en escuela improvisada, llenándose de travesuras y gritos cada mañana.

El Cabito

Cuando Cipriano Castro partió de Táchira rumbo a Caracas, los líderes zulianos lo apoyaron. Los zulianos ya hartos de los abusos de los anteriores presidentes, veían en Castro una nueva alternativa para la región. Muy pronto se darían cuenta de las verdaderas intenciones del Cabito. Entonces se alzaron contra Castro: Luis Nava, General Jesús María Zuleta, Baudilio Gutiérrez y Helímenes Finol. Solo dieciséis días les duró la toma. El General Sarria desde Caracas, venía con un imponente ejército a controlar los conjurados. Los alzados escapan, hacia Perijá. Los de Acosta Medina, hacia Sinamaica, los de Eleazar Pulgar, hacia el Limón, los de Rafael Villalobos. Helímenes Finol entrega el mando a los castristas, evitando un inútil derramamiento de sangre.

De Cañadera Hidalguía

Para 1904, muere Ignacio ya anciano. Era el patriarca y benefactor de todos. En momentos difíciles prestaba dinero a sus familiares. Su riqueza era cuantiosa y casi toda quedó en manos de Carlos, su hijo menor, el que tuvo a la edad de 66 años, con una joven que el desposa a los 16.

Habían comenzado a llegar los cañaderos asentándose en un lugar llamado Quitasol, al este de Cataneja. Los primeros en llegar fueron la Familia Rincón Alcántara, luego los González que llegaron por Villa Vieja, donde tenían parientes cercanos.

Más adelante llegaron los Paz con la intención de explotar la fina madera que abundaba en la costa del Río Apón, así también llegaron los Urdaneta, Villasmil, Villalobos y los Meleán que se asentaron en el sitio de Pozo Ignacio.

El Níspero

El Coronel Oscar Ocando, había sido enviado por el General Paris desde la Cañada para sofocar a los alzados contra el gobierno. Es nombrado Jefe Civil y Militar de Cataneja.

Ya el General Baudilio Gutiérrez había sido vencido en un enfrentamiento por los lados del Guamito y en El Rincón de los Toros, muy cerca de Calle Larga.

El Coronel Ocando comenzó a vivir momentos de quietud, y en este poblado pacífico echó raíces y creó una familia.

Instaló un negocio de víveres y abarrotes en su casa de residencia, muy cerca del Claro del Mata-palo y la Capilla.

En las fechas patrias y patronales, el Coronel improvisaba una gallera y juegos de azar. Trajo de Maracaibo un pequeño cine ambulante, donde un joven famélico proyectaba películas mudas de la época.

Igualmente, las mujeres de vida alegre aparecían por estos tiempos, y los caballeros de entonces se colaban por la oscuridad de la parte trasera, para no ser pillados en sus correrías amorosas.

La gente comenzó a llamar al sitio El Níspero, por existir allí un centenario árbol de esta especie.

Fue para esa época que llegó al pueblo un circo destartalado, con animales exóticos famélicos. Entraron al pueblo con una bullanga sin precedentes, presidía el grupo una hermosa mujer con atuendo de gitana.

José Antonio Martínez la miro impávido cuando paso a su lado, coqueteándole con una gran sonrisa.

Ese mismo día, armaron la vetusta carpa en un despoblado. Los hombres de torso desnudo, laboraron casi todo el día bajo el inclemente sol veraniego.

Los pobladores movidos por la curiosidad, husmeaban en los alrededores del circo, impresionados con el tigre de Bengala que vagaba inquieto por el calor, en una jaula metálica oxidada.

El furor del circo duró unos días, hasta que desmontaron todo y se fueron por dónde vinieron, dejando un polvorín tras sus huellas.

Después que se marcharon, corrió el rumor, que cierta noche, después de la función, habían visto a José Antonio Martínez, con la adivinadora gitana, perderse en la oscuridad del camino hacia Quitasol.

Los Matachines

Los andinos, en los gobiernos de Crespo y Gómez eran seres privilegiados para los cargos políticos en los diferentes pueblos y caseríos de Venezuela.

Estos tachirenses, que vinieron con Castro a conquistar a Venezuela, merecían del reconocimiento por su servicio.

Muchos se enriquecieron a costa del escarnio público y los frecuentes abigeatos, realizados por matachines andinos para el beneficio de aquel jefe local.

Uno de estos matachines andinos, fue Rafael Abreu, grotesco personaje de cara virulenta y napoleónicas borracheras que frecuentaba en las cantinas de Cataneja y Calle Larga.

Un día, el matachín de oficio, esperó todo un día a su enemigo jurado, Esteban Bastidas: en el camino hacia Calle Larga existía una poblada arboleda, entre dos cerros, a orilla de una cañada.

Allí esperó Abreu a Bastidas, escondido en la impunidad del follaje, hasta matarlo de un disparo al corazón.

Abreu se vanaglorió mucho tiempo de esta muerte, hasta que un tiempo después, cuando mataron al Jefe Civil Eleazar Ocando, pregonando de su autoría en la muerte del Jefe Civil.

- “*¡Yo maté a su padre!*” - gritaba borracho a sus hijos en la calle.

Una noche mientras dormía una borrachera sobre una mesa, fue apuñalado en la espalda por el hijo menor de Ocando.

Halley

En 1910, en la oscuridad reinante de la noche, los pobladores de Cataneja, quedaron aterrados al mirar hacia el cielo. Desde el naciente hasta el poniente un impresionante fenómeno sideral ocupaba el firmamento con un brillo majestuoso, era el Cometa Halley en su trayectoria elíptica hacia el sol.

Los muchachos corrían despavoridos y las mujeres se apretujaban rezando en la capilla.

- “*¡Es el fin del mundo!*” - decían aterrorizados.

Halley brillaba con todo su esplendor por su cercanía a la tierra. Días después cuando ya el cometa dejó de verse a simple vista al anochecer, Andrés Martínez perdió la visión, ya casi centenario. Hasta la hora de su muerte, pensó que había quedado ciego por mirar al cometa directamente.

Los Serranos

Para 1912, llegan a Cataneja contratados para la construcción de la nueva capilla, los falconianos Camilo Nieves, Hermógenes Colina y Ramiro Ferrer.

Eran oriundos de la Sierra de San Luis y la fama de constructor de Camilo Nieves, había sobrepasado los límites de la frontera estatal.

Aún mozos, comenzaron a acudir a las veladas familiares que se realizaban en fiestas patrias y religiosas.

No tardaron en enamorarse y casarse con jóvenes damiselas de la población.

Ramiro Ferrer se casó con María Concepción Martínez en 1.920. La capilla había Sido terminada en 1.915.

Camilo Nieves se casó con Ramona Núñez, hija de José Antonio Martínez y Corina Núñez.

José Hermógenes se unió a una joven viuda llamada María del Rosario Parra.

El Buen Doctor

En la primera década de 1.900, llega a esta región, un joven práctico en medicina, con grandes conocimientos en el tratamiento de las enfermedades tropicales. Su nombre: Emilio Osorio Barroso, nativo de Santa Rita, Costa Oriental del Lago. Se radicó en los Chichies, y su fama de sabio Galeno lo llevo a recorrer en bestia, toda Perijá, y los más remotos lugares donde era solicitado.

Fue tanta su reputación, que en 1.917, fue llamado a Maracaibo para atender a la esposa del Cónsul alemán en esta ciudad.

La esposa del Cónsul se recupera gracias a los pródigos cuidados del Dr. Osorio y en agradecimiento este le regala un vehículo Overland, que vino a ser el primero en cruzar tierra perijanera.

El Dr. Osorio parte con el carro hacia Perijá, causando espanto y admiración en los ingenuos pobladores.

Cuando el Doctor Osorio y su chófer, después de un penoso viaje llegan al anochecer a los Chichies, encuentran al pueblo solo. Todos sus habitantes corrieron despavoridos hacia el monto, ante la presencia de aquella bestia ruidosa y de terroríficas luces.

La Peste

En 1918, llega a Perijá la terrible Gripe española, pandemia que asesinó a nivel global, más de 30 millones de personas. Llegó a la Guaira en un buque de bandera española (de allí su nombre) y comenzó la hecatombe a nivel nacional.

La gente moría de la noche a la mañana, sin presentar ningún síntoma delatador. La devastación y el pánico cundieron en las familias perijaneras. La bñiga del ganado seco al sol era quemada dentro de las casas, para espantar la peste, pero la gente seguía muriendo una tras otra. Las ancianas rezaban todo el día y la noche. Para ellas era una de las profecías del apocalipsis y el mundo pronto se acabaría.

Los muertos eran enterrados sin cajas en los patios de las casas, envueltos en sábanas y a la carrera.

Un llanto lastimero enmudeció toda la sabana desde Calle Larga hasta Villa Vieja todo era fatalidad, y así la sombra de la muerte siguió llevándose a los perijaneros por mucho tiempo después, cuando cesó la pandemia.

La Muerte del Jefe Civil

En la década de 1920, existió un Jefe Civil llamado Eleazar Ocando, impuesto por los jefes gomecistas de la Cañada. Tenía fama de austero y déspota y acostumbraba a vejar a los pobladores con grandes afrentas.

Los Martínez de la descendencia de José Trinidad, eran los más perseguidos y humillados por el Jefe Civil.

Acostumbraba a ponerles a barrer las calles y otros oprobios a la menor falta. En cierta ocasión que un nieto de José Trinidad, del mismo nombre, jugaba billar en El Níspero con un descendiente de los Paz se fueron a las manos armándose una trifulca familiar.

El Jefe Civil detuvo a José Trinidad y en su despacho, sin la menor dilación, le asestó un golpe en la cabeza con un pesado pisapapeles. El hombre quedó sin sentido por largas horas y retenido en un lúgubre calabozo por varios días.

De nada valieron los ruegos de Blanca Martínez, que era la madre del muchacho.

La pródiga intervención de Ramiro Ferrer, hombre probo del pueblo y a quien Ocando respetaba, bastó para obtener su libertad. José Martí-

nez, salió una semana después del calabozo, pero en sus ojos brilló el furor del odio y la venganza contra el Jefe Civil.

Una tarde, mientras el pueblo dormitaba el letargo de las horas apacibles, sonó un disparo en la vía a Calle Larga.

Minutos después pasó a todo galope un caballo en dirección al centro del pueblo.

Un testigo que lo vio pasar, fue torturado por el ejército gomecista para que hablase y diera el nombre del jinete.

Las autoridades llegaron buscando a José Martínez en casa de Ramiro Ferrer, este lo defendió aludiendo que él había pasado toda la tarde en su casa.

Debido al odio que el pueblo le tenía a las fuerzas gomecistas y sus déspotas jefes civiles, los demás notables apoyaron a José Martínez para librarse de la cárcel.

Fin de Semana

Después de los convulsionados años 20, el pueblo adquirió un tono apacible y festivo. Sus pobladores que solían trabajar como mulas toda la semana, los sábados por la noche salían a reunirse en las pocas casas que tenían fonógrafos para bailar y brindar hasta poco más de la media noche.

Al otro día, domingo, toda la familia iba a misa en la hermosa capilla con campanario.

Cataneja, por no tener cura propio, solo celebraba misa una vez al mes, cuando de Machiques llegaba el sacerdote asignado a esa parroquia.

Los demás domingos las seguidoras de María, San José y el Corazón de Jesús, rezaban el rosario con los fieles que acudían.

Después de misa los hombres se reunían en el claro frente a la capilla a conversar. Las mujeres con sus hijos marchaban a las casas a los preparativos del almuerzo dominical.

El Maestro Italiano

A principios de 1.940, llegó al pueblo un virtuoso maestro musical oriundo de Italia, su nombre Luis Luppi.

Por instancia de Augusto Morales, descendiente directo de los fundadores llega a Cataneja a fundar una escuela de música para formar a los jóvenes de aquel entonces.

Cómo buen músico, Andrés Martínez inscribe a sus hijos Olegario y Andrés Luis. También conformaron la escuela Jesús A. Duarte, Manuel Méndez, Andrés Herrera y Heli S. Morales.

Los muchachos aprendieron las enseñanzas del maestro y en 1.942, tocaron por primera vez en la misa solemne en honor al patrono San José.

Por ese mismo año, Roberto Rincón, crea el primer club recreativo de la población, con la incorporación de una pista de baile y el expendio de cerveza fría, que era conservada en cavas de madera repletas de hielo.

Debido a la baja temperatura de las cervezas, la gente comenzó a llamar el lugar: El Pingüino.

Los alumnos del maestro Luppi eran contratados eventualmente para amenizar fiestas y veladas en el concurrido establecimiento.

Resina Milagrosa

En las sábanas de San Felipe existían inmensos bosques del árbol de Copaima, de cuya corteza se extraía una sabia milagrosa que era solicitada por las empresas farmaceutas, por sus grandes cualidades curativas.

Una lata de cabima valía una fortuna y había que aprovechar el verano para su extracción.

De Cataneja se mudan varias familias para San Felipe, unos porque tenían tierras cercanas a la población y otros para la recolección de la cabima y por estar San Felipe más cerca del puerto lacustre, que era por dónde se comercializaba el producto.

Victoriano Gutiérrez hijo natural de Aurelio Martínez, se instala con su esposa - prima Adela del Carmen Martínez.

En este poblado; por ser el mayor, Aurelio le había concedido a su hijo Victoriano, unas extensiones de tierra en los límites del Río negro, que los lugareños llamaban Alturas, por la desigualdad de su topografía.

El acceso a estas tierras se hacía más factible por San Felipe, cruzando las sabanas de la Danta y vadeando la Cañada Riecito.

En San Felipe nacieron todos sus hijos y Gabriel, hijo mayor de ellos, se convirtió en un experto extractor de la resina.

Ganaba plata a montón, pero todo lo despilfarraba en jugadas de azar y monumentales parrandas. Fue tanto su pasión por el juego, que ya muerto su padre, apostó en una jugada las escrituras de las tierras de Alturitas, con el triste desenlace de su pérdida.

Debido a esta acción, su madre Adela se muda para Calle Larga hasta llegar nuevamente a Cata-nejas.

Cuando su hija María Rosario se casa con el advenedizo Segundo González, que había llegado a estas tierras, por invitación de sus familiares, los González pollo.

El Chubasco

Cuando el cortejo fúnebre cruzó la esquina al amanecer, la niebla no se había disipado.

Parecían fantasmas a lo lejos, hundidos en la bruma y la pesadumbre.

La noche anterior un descomunal chubasco había azotado bestialmente la región. Árboles inmensos fueron derribados por el huracán, cayendo a tierra cuál frágil pluma.

El panorama con los primeros rayos de sol, fue devastador. Casas sin techos, los caminos enlodados y repletos de escombros.

Fue tan mortal la tromba de agua y viento, que en Lago zozobraron piraguas y canoas.

En los estoraques, esa noche anterior la petrolera laboraba en la perforación de un fértil pozo, localizado a 10 kilómetros de Cataneja.

Las calderas eran impulsadas por leña, que los hombres traían de los tupidos bosques de vivito y fruta e' burro, que crecían sin control en las Sábanas de San Julián.

El huracán llegó pronto del norte y la frágil cabría de madera, sucumbió al ímpetu del viento, cayendo a tierra estrepitosamente.

Uno de los peones que la compañía petrolera ha-

bía traído al comienzo de la exploración, se vino a tierra con la cabría.

Los gringos en su enredado español, contaron después que el hombre muerto, vino con ellos desde Puerto Cabello, dónde habían atracado los barcos que traían el personal y herramientas para la extracción del petróleo.

Esa mañana gris, el hombre fue sepultado en el nuevo cementerio, al sur del poblado.

Después del entierro, el pequeño cortejo volvió sobre sus pasos por el escueto camino del cementerio rodeado de árboles inmensos, dónde ya los pájaros cantaban con los primeros rayos de sol que el lóbrego cielo dejaba escapar.

El Claro de los Murucutuyes

Una de las décadas más pintorescas de Catanejas, fueron los años cuarenta en el camino viejo a las Piedras, existía un amplio claro rodeado de árboles de Morocotuis, erguida planta que en tiempos de primavera se llenaba de una flor purpura, llenando la sabana de color y belleza.

Los amantes de las carreras de caballos, todos los domingos por la tarde, topaban sus pupilos realizando grandes apuestas.

Antonio Martínez, todos los domingos después de la siesta, recogía a sus compañeros de siempre, Francisco Blas Fernández, que era su tío político y a su hermano inseparable, José Trinidad.

“El Chareto”, así llamaba Antonio a su Zaino de carrera. Un hermoso cuarto de milla que era jineteado por Abdenago Sandoval, que por su baja estatura y picardía, reunía las condiciones para ser un buen jinete.

Los hermanos Paz tenían a “Rancho”, otro gran caballo de carreras, que siempre estaba en el arrancadero como favorito en las apuestas y siempre lo corría Marcos Molina.

De Pozo Ignacio traían un corcel llamado “el Boluo”, montado por Jesús Landino.

Todo el pueblo de Cataneja y Las Piedras, iba en
romería hacia el claro a presenciar las carreras.
Gente de a pie, en bestias, carros de bueyes y ve-
hículos se daban cita a las cuatro de la tarde en la
famosa pista del Claro de los Morocotuis.

Di Pietro

Después de la Segunda Guerra Mundial, de Italia llegaron jóvenes técnicos, ansiosos de probar suerte en estas nuevas latitudes.

La mayoría era de la provincia, y sin tener conocimiento del idioma, se instalaron por todo el país, haciendo labores que el venezolano no conocía.

A Cataneja llegaron muchos con sus sueños de triunfar. Unos eran herreros, otros carpinteros, cocineros y un sinnúmero de oficios y aptitudes que desarrollaron con éxito.

La guerra había sido larga y cruel, en Italia, uno de los países más devastado por la miseria, la gente joven azotada por una terrible crisis económica, donde abundaba el desempleo, optó por el camino al mar hacia el nuevo continente.

Barcos atestados de europeos, llegaban continuamente a las costas venezolanas. Otros optaron por Estados Unidos y Argentina.

En Italia solo quedaron los viejos y los infantes sin edad para viajar.

A Cataneja llegaron con sus desgastadas maletas de cartón, cargadas con lo único que tenían para cargar: sus sueños y su esperanza.

Uno de estos italianos más pintorescos fue Salva-

tore Di Pietro, zapatero de oficio que hablaba un mascullado español, que la mayoría de las veces tenía acento siciliano.

Di Pietro ya lo conocimos instalado en el centro, al lado de la Prefectura y vecinos de él, eran, un español que fabricaba cruces y lápidas de yeso y su paisano Ferdinando Sciardone, que regentaba un negocio de ropa, telas y calzados.

Recuerdo a Di Pietro, con su camiseta blanca sin manga, reparando zapatos, muy concentrado en su faena.

Al terminar el día, se sentaba frente al negocio a conversar con los parroquianos que lo visitaban cada tarde, cómo era de costumbre desde hacía años.

El Cine

Cada anocheecer, la plaza se abarrotaba de gente en un colorido ambiente festivo. Los escaños eran ocupados por los jóvenes de entonces que se reunían para charlar o esperar la hora de comenzar la función en el Cine Bolívar, estructura colonial construida por Luis Emiro Urdaneta, provisto de los más sofisticados equipos de proyección de la época.

A las siete quince de la noche, por el altoparlante del cine, comenzaban a sonar las marchas de la marina de guerra de los EE.UU, anunciando que comenzaría la función.

La gente concurría a la boletería en procura del ticket para entrar. Luego frente al cine acudían a comprar las empanadas, chicha y cepillados que Augusto Chávez vendía, cada noche sin falta.

Los parroquianos que quedaban en la plaza, esperaban la última función de nueve y quince para acudir a la cita del estreno del día.

Las películas a proyectar la próxima semana, eran publicitadas en un folleto que la gerencia obsequiaba al público asistente cada fin de semana.

Cuando se proyectaban estrenos de trascendencia, salía un pequeño cortejo con la cartelera que

anunciaba en un poster el filme y recorría las principales calles del pueblo.

El Negro Baudilio

**“Las plazas no se piden, se toman; venga
usted a tomarla.”**

Dr. Alejandro Andrade
Presidente del Zulia 1.899

Baudilio Gutiérrez había nacido en Machiques en 1.857, hijo de un esclavo curazoleño y una india aña de la Isla Zapara. Huérfano de padre y madre a los ocho años, se interna en las profundidades de la Sierra de Perijá, dónde se une a los grupos guerrilleros que en esa zona se dedicaban al abigeato.

Baudilio, muchacho aún, forma filas de estos grupos subversivos cuando atacan las instituciones gubernamentales en Machiques.

Se hace diestro con el machete, su arma preferida en combate, y en 1.874 participa con los perijaneros en las batallas de El Soler y Saladillo a las órdenes del General Desiderio Trías.

Los peludos, (cómo llamaban a los seguidores de Trías), arremeten contra las fuerzas de Pulgar en una sangrienta batalla de varios días. Pulgar aco-rralado y vencido, depone el mando y escapa en una goleta hacia Curazao.

En lo sucesivo, Baudilio participará en todas las refriegas bélicas y revoluciones militares a favor

del regionalismo zuliano, durante los convulsivos años a mitad de mil ochocientos.

Se opone a Guzmán a las órdenes del General Ramón Ayala y el presbítero Antonio María Zuleta, que se había alzado en los Puertos de Altagracia, dónde era párroco.

Guzmán en su anterior gobierno le había quitado la aduana a Maracaibo y mudado a San Carlos y después a Puerto Cabello. Los caudillos Zulianos enardecieron con la fusión de los Estados Zulia y Falcón en 1.881 por órdenes de Guzmán la capital sería Casigua (Falcón), vejando a los Zulianos y su capital.

En 1.892, con la llegada de la revolución legalista, el padre Zuleta crea un ejército en Perijá, y marcha hacia Maracaibo.

En sus filas iba Baudilio Gutiérrez, que ya poseía grandes ponderaciones de guerrero.

Zuleta, junto al General Colina, toma Puerto Cabello, en heroica batalla. Crespo lo nombre general y capellán. Baudilio es ascendido a coronel. En 1.898 fue ascendido a general por Ramón Ayala, que comandaba las tropas zulianas a favor del mocho Hernández. Baudilio y el Padre Zuleta son enviados presos a la rotunda. Allí estuvo por, ocho años, hasta que el Presidente Castro le diera el indulto.

Se alza nuevamente el Negro Baudilio contra Castro y en las sabanas y montes de Perijá hace

guerra de guerrillas contra Nemecio Romero que era el jefe civil y militar de Machiques.

Baudilio ya casi solo y acorralado, después de ser derrotado en el Guamito y el Rincón del Toro, se retira a la población de Garcitas, en el sur del lago, y se dedica a la explotación agrícola.

Allí conoce a Nicómedes Pírela, haciéndose su gran amigo, y al cuál convence de venir a Cataneja.

Nicómedes Pírela echa raíces aquí, dedicándose a las funciones de odontólogo, oficio que había aprendido en sus correrías por las costas del Sur del Lago de Maracaibo.

Isabel Martínez, nieta de Santiago Martínez, se hizo su compañera sentimental, unión que duro hasta la muerte de ambos.





Rafael Martínez Quivera



Raúl Martínez Martínez



Antonio Martínez Martínez

**Descendientes de Santiago y José Ignacio
Martínez León
Santiago Martínez León
Felicia Romero Gutiérrez
Nupcias 1.840**

HIJOS	CÓNYUGE
Aurelio (1841)	Antonia Esquiver.
Romelia (1842)	
Felipa (1843)	Francisco Morales
José Jesús (1846)	Emilia Martínez
José de los Reyes (1848)	Belén Martínez
María del C. (1852)	José F. Márquez
Raymundo (1853)	
Manuel (1855)	
Máximo (1857)	Dolores Chacín
Génara (1858)	

**José Ignacio Martínez León
Luisa Romero Gutiérrez
Nupcias 1.842**

HIJOS	CÓNYUGE
José Trinidad (1843)	María Vargas
Avelina (1845)	José T. pulgar
Emilia (1847)	José J. Martínez
Tomasa (1851)	Antonio Cruz
María Dolores (1854)	Remigio Quivera
Elena (1855)	José A. Martínez
Manuel M. (1857)	Casilda Jiménez
Ana J. (1862)	Juan E. Corona
Camila (1864)	F. Jiménez
María H.	José M. Corona

Nota: el apellido Esquiver pasó a ser Quivera.
Romelia muere de 15 años, Raymundo de 9

**Francisco Manuel Morales León
Felipa Martínez Romero
Nupcias 1.864**

Hijos	Cónyuge
Eloy	Eloína Martínez
Leovigildo	Tomasa Méndez
Maximiano	
José Geramel	Ofelia Duarte
Adelaida	Leopoldo Méndez
Silvia	
Manuel	
Raquel	

**José de los Reyes Martínez Romero
Belén Martínez
Nupcias 1.864**

HIJOS	CÓNYUGE
Adela	Victoriano Gutiérrez
María C.	Amenodoro Cabrera
Rafael	Petronila López
Hermila	
María Salomé	José Romero
Manuel S.	María Corona
Moisés	
Olímpides	Rafaela Herrera
Emilio	Antonia Carrillo

José de Jesús Martínez Romero
Emilia Martínez Romero
Nupcias 1.867

HIJOS	CÓNYUGE
Eloína	Eloy Morales
Andrés	María C. Duarte
Raúl.	Ana Duarte
Olivia	
Francisca	José P. Martínez
Eunemia	Genívero Martínez
María Dolores.	José D. Martínez

Nota: De la unión de José Domingo Martínez y María Dolores (Dolorita), nacieron los Martínez “tigres”

José Federico Márquez
María Concepción Martínez Romero
Nupcias 1.868

HIJOS	CÓNYUGE
Federico	María Márquez
Antonio	María Méndez
Máximo	Adela Márquez
Rubén	Tomasa Méndez
Angélica	Ciro Márquez
Enrique	Josefina Rivera

José Antonio Martínez Romero
Elena del Rosario Martínez Romero
Nupcias 1.873

HIJOS	CÓNYUGE
Georgiana	Julio Gutiérrez
Evangelina	Rafael Martínez
Santiago	
Romelia	Santiago Martínez
Leonor	
Ismael	
María Concepción	Antonio Bravo
María Josefa	Olímpiades Martínez
María del C.	
Ramiro	
Herminia	Genívero Bravo
Rubén	
José Antonio	
Alcira	
Ana Emilia	
Leonor	

José Antonio Martínez Romero
Corina Núñez

HIJOS	CÓNYUGE
Roberto	Fernanda Chacín
Juana	José Martínez S
Hermes	
Ramona	Camilo Nieves
Rita	
Mística	Ángel Orozco
Carmela	Celestino Mávarez
Elímenes	
Carmelo	Geraldina Morales

Aurelio Martínez Romero
Antonia Esquiver (Quivera)
Nupcias 1875

HIJOS	CÓNYUGE
Santiago	Romelia Martínez
Rosalina	
Agustín	
Herminio	
Moisés	
Gumersinda	
Rafael	Evangelina Martínez

Aurelio Martínez Romero
Florinda Gutiérrez

HIJOS	CÓNYUGE
Victoriano	Adela Martínez
Otilia	Heriberto Rondón
Julio	Georgiana Martínez
José Isidro	María Sandoval

Aurelio Martínez Romero
María Sandoval

HIJOS	CÓNYUGE
Carlos Sandoval	Evangélica Bravo

Aurelio Martínez Romero
Aracelis Pulgar Martínez

HIJOS	CÓNYUGE
Venancio Pulgar	Aura Romero

Máximo Martínez Romero
Dolores Chacín

HIJOS	CÓNYUGE
Felicia Chacín	Hermes Núñez
Francisca Chacín	José D Martínez
Fernanda Chacín	Roberto Núñez
Efraín Chacín	Vicenta Gómez
Julián Chacín	Camila Domínguez
Elvia	Félix Romero
Enrique	
Máximo	
Eulalia	José Rodríguez

José Trinidad Martínez Romero
María Concepción Quivera Martínez
Nupcias 1.876

HIJOS	CONYUGE
Alberto José	Blanca Martínez López
Evangelista	
José Evangelista	
Electo	
Genivero	Primeras Nupcias: Eugenia Martínez Segundas Nupcias: Teresa Martínez Serrano
Teresa	Luis Casillas
Rafael	

José Trinidad Martínez Romero
María Concepción Vargas Sandoval
Nupcias 1.902

HIJOS	CONYUGE
María Trinidad	Teódulo Rincón
Ángel María	
María del Rosario	Ángel Chacín

Avelina Rosa Martínez Romero
José Trinidad Pulgar
Nupcias 1.868

HIJOS	CONYUGE
Quintiliano	
Francisco	
Adelaida	
Hermógenes	Isabel García
Verenicia	
María Trinidad	
Andrés	
Aracelis	Aurelio Martínez Romero

***Nota:** María Concepción Romero, hija mayor de Luisa Romero Gutiérrez, procreada antes de su unión con José Ignacio Martínez Romero se casa con Faustino Trujillo con quien procreó a:

	CONYUGE
María Eugenia Romero	José Ignacio Martínez
José del Carmen Romero	María Romero Vargas
Elisa Romero	
Adelcida	
Ana	
José Trinidad Romero	

De la Villa del Rosario
vinieron aventureros,
ganaderos y arrieros
con sus mejores rebaños.
Después de sufrir calvario
de Villa Vieja al Apón
cumplieron su pretensión
de poblar los sabanales,
las vegas y manantiales
que en el lugar existían.
Así nació la tierra mía
en antañoses confines
por los hermanos Martínez
llenos de ardor y porfía.

Omar Martínez González

LIBROS CONSULTADOS

**San José de Perijá. Pueblo de Trabajo y
Hospitalidad**

Autor: Lenín López Ferrer

Historia del Zulia

Autor: Gustavo Ocando Yamarte

Sabanas de Coral

Autor: Nerio Romero González

Contenido

De Estirpe Canaria	13
El Claro de las Catanejas	17
Génesis	19
Camino al Coquivacoa	20
Vuelta al Terruño	21
Morada de Manantiales	23
Los Vástagos del Patriarca	25
La Presencia de Dios	27
El Niño y el Violín	30
Tiempos de Guerra	32
Más allá del Río Apón	33
Primeras Luces	34
El Cabito	35
De Cañadera Hidalguía	36
El Níspero	37
Los Matachines	39
Halley	41
Los Serranos	42
El Buen Doctor	43
La Peste	44
La Muerte del Jefe Civil	45
Fin de Semana	47
El Maestro Italiano	48
Resina Milagrosa	49
El Chubasco	51
El Claro de los Murucutuyes	53
Di Pietro	55
El Cine	57
El Negro Baudilio	59

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 11 días del mes de junio de 2024, el mismo día de 1940 en que se naciera el periodista, político, escritor (ensayista, biógrafo, novelista, historiógrafo) y productor de televisión, Vinicio Romero Martínez.